

Sissi emperatriz o el abuso de la belleza. Anorexia, bulimia, vigorexia y tricocosmetomanía



Aurora Guerra Tapia
Profesora titular
de Dermatología.
Universidad Complutense
de Madrid.
Jefe de la Sección
de Dermatología.
Hospital Universitario
12 de Octubre.
Madrid.

Yo sólo quiero ser tu peluquera.

¿Serían esas las palabras que Fanny Angerer pronunció cuando vio por primera vez a la emperatriz Sissi? ¿Pudo seducirle hasta el infinito aquella cabellera de Elisabeth de Baviera, densa, profunda y rubia que llegaba casi hasta los tobillos? Fuese o no abducida por la mayor tentación que un artesano del cabello pueda tener –una larga y fuerte melena sobre la que volcar su creatividad–, lo cierto es que, durante la mayor parte de su vida, ésa fue su única tarea: cuidar del cabello de Sissi.

A diario, empleaba 2 o 3 horas en tejer complicadas trenzas alrededor de la aristocrática cabeza, con tal peculiaridad y gusto que Sissi llegó a decir que sus peinados eran verdaderas esculturas de sí misma. Impulsada por el deseo de que su pelo resaltase en el conjunto de su imagen, teñía su color original, rubio, en un tono castaño que hacían resaltar las flores que lo adornaban. Llegaba a tanto su originalidad y belleza que sus peinados se pusieron de moda en las cortes europeas de la segunda mitad del siglo XIX.

Me falta tiempo para celebrar tus cabellos.

*Uno por uno debo contarlos y alabarlos:
Otros amantes quieren vivir con ciertos ojos,
yo sólo quiero ser tu peluquero.*

Pablo Neruda

Pero no acababa ahí la labor de la peluquera. Cada 2 semanas dedicaba el día entero al lavado del pelo con un rito meticuloso: primero lo cubría por completo con una mezcla de huevo y coñac, que hoy llamaríamos mascarilla capilar nutritiva, y así lo mantenía varias horas. Luego lavaba y retiraba cuidadosamente la mezcla con jabones y esencias olorosas. Un breve secado con toallas y después, junto al fuego, nuevamente lentas horas de cepillado y peinado, tal como hoy se hace de forma mucho más rápida con los secadores y moldeadores de aire caliente. La ejecución debía llevarse a cabo con el máximo cuidado y delicadeza. Arrancar uno solo de los cabellos de Sissi desencadenaría una explosión de ira difícil de contener.

A lo largo de décadas, Fanny Angerer llegó a convertirse también en una gran amiga. Cuando, unos años antes de su muerte, triste y henchida de misantropía, Sissi le pidió que recortase su melena, ya gris, las lágrimas rodaron por las mejillas de ambas. Era como si, al cortarse el pelo, Sissi renunciase definitivamente a la vida.

Guerra Tapia A. Sissi emperatriz o el abuso de la belleza. Anorexia, bulimia, vigorexia y tricocosmetomanía

El cuidado del cabello de la emperatriz vienesa (Munich, 1837 - Ginebra, 1898) era tan sólo una de las muestras de su desmedida obsesión por la belleza.

Y la consecuencia: apenas 48 cm de cintura, 172 cm de estatura –pintores y fotógrafos de la corte disimularon siempre que el emperador era un poco más bajo que ella– y 50 kg de peso. Para mantener esas medidas, llevaba sorprendentemente una alimentación anárquica. Había días en los que sólo se alimentaba de caldos de carne. Pero otros, podía sucumbir al impulso de consumir grandes cantidades de golosinas como única fuente nutritiva.

Admiradora del cuerpo de las artistas de circo, musculosas y ágiles, recurría a sus enseñanzas para alcanzar su figura. Cultivaba su cuerpo con ejercicios aprendidos de ellas, que practicaba constantemente en anillas, barras y colchonetas instaladas a propósito en el palacio vienés y en aquellos otros donde residía temporalmente. Paseaba a diario durante 8 largas horas, llegando a extenuar a las damas de su séquito.

Curiosamente esta fascinación por la belleza no se acompañaba del deseo de exhibirse. Por el contrario, intentaba alejarse de la sociedad frívola y pasar desapercibida. La llamaban la «Emperatriz Locomotora» porque siempre estaba de viaje, no tanto por la pasión de conocer otros lugares como por su fobia social. En Lisboa y Sevilla, en los balnearios de Bad Kissingen y Karlsbad, en la isla de Wight, en Irlanda, en las Cícladas o en Egipto, cada vez que su barco tocaba puerto, hacía salir vestida con sus trajes a su peluquera personal, Fanny Angerer, que tenía su misma altura y silueta, para que fuera la homenajeadada, mientras ella paseaba de incógnito.

Su misantropía y antisociabilidad se acentuó cuando comenzó a perder su pujanza física. A partir de los 30 años, evitó las fotografías, y desde la cincuentena paseaba semiculta tras un velo negro, un gran abanico de cuero y una sombrilla.

Apenas tenía amigos que no fueran sus caballos y sus perros. «Muchos de mis caballos, dijo proféticamente, han ido a la muerte por mí, cosa que no ha hecho nunca un hombre; ellos querrían más bien exterminarme».

Y así ocurrió, cuando el anarquista Luigi Lucheni la encontró en el muelle de Páquis de Ginebra el 10 de septiembre de 1898 y la asesinó, pinchando mortalmente con un fino estilete su corazón. Maurice Barrès (1862-1923), escritor y político francés, escribió que cuando, a las puertas del hotel Beau-Rivage, Lucheni se acercó a ella, la emperatriz ya era «una extranjera de la existencia y, en realidad, una muerta».

Sissi se anticipó a las modas de la estética del siglo XXI y fue una precursora en el padecimiento de varios trastornos de la conducta alimentaria, como la anorexia (código F50.0 según la Clasificación Internacional de Enfermedades, CIE-10) y la bulimia (código F50.2 de la misma CIE-10); fue esclava de la práctica constante de ejercicio físico (vigorexia) y, coronando su fanatismo, mantuvo durante su vida activa el cuidado obsesivo de su cabello, esa fascinante parte del cuerpo humano que la dermatología cuida y protege.

Hemos denominado a la obsesión por el cuidado del cabello, siguiendo criterios etimológicos, «tricocosmetomanía».



La emperatriz Sissi adornaba su pelo con flores y joyas. Sus sofisticados y artísticos peinados crearon la tendencia de la moda en la segunda mitad del siglo XIX. Su obsesión por los cuidados del cabello podría denominarse tricocosmetomanía.